

## LA ACTUAL SITUACION POLITICA DE TUNEZ

Fernando Castillo Cáceres

El conflicto, hay que repetirlo, es algo esencial a todas las sociedades y organismos, que enfrenta a los interesados en mantener o cambiar un statu quo determinado y que se reconoce como el fenómeno motor de la historia, capaz de producir transformaciones a corto plazo y siendo, a su vez, fruto de cualquiera de las categorías de cambio existentes. Como señaló Georg Simmel, «el conflicto social es uno de los modos básicos de la vida en sociedad; mediante el mismo los hombres intentan resolver dualismos divergentes y alcanzar un nuevo tipo de integración o unidad». En suma, con palabras de Max Weber, el conflicto no puede excluirse de la vida social.

El conflicto, como el cambio, puede tener efectos funcionales o disfuncionales, de regresión o de desarrollo, de cohesión o desintegración y puede obedecer tanto a factores exógenos, como endógenos al sistema social.

Túnez, desde antes del 7 de noviembre de 1987, se encuentra sumido en un proceso de cambio, fruto de la degradación y posterior sustitución de un régimen político desgastado por el envejecimiento de su líder y por la incapacidad para responder a las necesidades generales de la sociedad tunecina.

Este proceso, acelerado con el llamado «golpe clínico o médico» que derrocó al anciano presidente Bourguiba de forma incruenta, está siendo dirigido por el presidente, General Ben Alí, con objeto de alcanzar un sistema democrático, pluripartidista, magrebí, independiente e islámico, todo ello en el seno de contradicciones estructurales y conflictos de intereses.

La transición tunecina, afectada tanto por acontecimientos y realidades externas como internas, ofrece numerosas interrogantes sobre su conclusión, así como una serie de posibilidades de conflictos que intentaremos enumerar, partiendo de la múltiple realidad social y de la coyuntura política que atraviesa la región. Se intenta con ello obtener una visión, más o menos

aproximada, del resultado de la etapa de transformación que, de manera intensa, experimenta hoy día el país norteafricano.

Los conflictos que pueden afectar o están afectando a Túnez tienen sus orígenes en motivos diversos y se encuentran localizados o en la periferia del sistema social tunecino, o bien están integrados en él, siendo fruto de las contradicciones estructurales del mismo.

Comenzaremos tratando los conflictos que pueden desatarse a causa de factores exógenos a la sociedad, o también conflictos de causalidad profunda o permanente. Entre ellos destaca la privilegiada situación geográfica de Túnez, glosada en numerosas ocasiones, en especial cada vez que se alude a este país magrebí, pero no por ello menos real ni importante. No hace falta remontarse al enfrentamiento entre Cartago y Roma por el control del Mediterráneo Occidental, para descubrir que Túnez es el intermediario entre las dos áreas del Mare Nostrum. Sin embargo, conviene resaltar su posición respecto del Estrecho de Sicilia, llave angosta del Mediterráneo Central. Esta situación de palpable privilegio estratégico sin duda contemplada por las dos grandes potencias, en especial por la URSS, que, carente de bases más allá de Siria, vería reforzada notablemente su presencia en este área si lograrse establecerse en Túnez u obtener facilidades de instalación. Por otro lado, si Túnez cayera bajo la influencia libia o de un régimen fundamentalista de claro tinte antioccidental, el Estrecho de Sicilia podría convertirse en un Ormuz mediterráneo. Esta posibilidad es remota, aunque los factores que caracterizan a esta posición geográfica son permanentes, vgt. su situación, su escaso calado para el paso de submarinos, las líneas de comunicación, etc., por lo que Túnez será siempre objeto de especulación política entre las grandes potencias o los estados hegemónicos regionales.

Si anteriormente nos hemos referido a lo improbable de la presencia soviética, del control libio o del establecimiento de un régimen integrista, ello se debe, en el primer caso, a la etapa de distensión que se ha inaugurado entre la URSS y USA desde 1985, lo que ha supuesto un cambio en la actitud soviética ante los diferentes conflictos regionales. Esto permite pensar que, tras la retirada de Afganistán, las negociaciones iniciadas en Angola, las presiones sobre la OLP para el reconocimiento de Israel y la actitud negociadora en Camboya, es dudoso que la URSS lleve a cabo un movimiento tan arriesgado como el que representaría intentar inclinar el régimen tunecino a la órbita soviética, aprovechando cualquier conflicto interno o regional. Por otra parte, es muy improbable que, sea cual sea el resultado de un posible cambio en Túnez, este país opte por un alineamiento

con el bloque oriental, sobre todo teniendo en cuenta el descrédito del que actualmente gozan en el Islam las ideologías seculares.

En lo referente a Libia, tampoco es verosímil contemplar la eventualidad de un eje Trípoli-Túnez hasta el extremo de una identificación política absoluta que alterase el entorno estratégico, en especial debido a las dificultades externas por las que atraviesa el régimen del coronel Gadafi —cuasi aislamiento, fracaso en el Chad, pérdida de prestigio con el bombardeo norteamericano, dificultades internas de orden político y económico— y a la postura de Argelia, que, al igual que occidente, no permitiría una alteración del actual status del Magreb.

Por último, la única opción que podría ser menos ficticia, la de un régimen islámico radical, choca con la realidad política tunecina y con la postura de los países del área, extremadamente sensibles a tal posibilidad. Más adelante veremos el papel del fundamentalismo en Túnez, pero se puede adelantar que la URSS tampoco obtendría ventajas de un eventual régimen integrista.

Otro factor permanente de conflicto en Túnez es su carácter de «estado tapón» entre Libia y Argelia, dos estados que pugnan por la hegemonía en la zona. Esta particularidad de intermediario geográfico hace que Túnez sea objeto de especulación y parte en las relaciones libio-argelinas, ya que ambos estados procuran arrastrarlo a su órbita. Esta situación, que ha tenido en el pasado ejemplos como la inspiración libia de movimientos de oposición a Burguiba o a la penetración en la zona de Gafsa de grupos guerrilleros en 1980, convierte a Túnez en un estado amortiguador de las tensiones entre los dos países y en blanco de posibles intervenciones exteriores. Libia, deseosa de ensanchar su área de influencia y siguiendo la línea panarabista proclamada por el coronel Gadafi, ha procurado llevar a cabo un proceso de unión con Túnez, al igual que con otros países como Marruecos, Sudán, e incluso la propia Argelia. Esta actitud, que también responde a la necesidad libia de romper su aislamiento, podría dejar paso a un «anschluss», de Túnez. Sin embargo, las dificultades libias y la presumiblemente rápida respuesta argelina, cuando no occidental —fundamentalmente por parte de Francia— a la supuesta anexión, hace impensable tal eventualidad. A esto habría que añadir el rechazo tunecino a cualquier integración con sus vecinos que no pase por el Gran Magreb, y el escaso predicamento del régimen de Gadafi, junto con unas relaciones tormentosas y equívocas entre los dos países en los últimos años, en los que han abundado los enfrentamientos, acercamiento y reconciliaciones y que, desde diciembre de 1987, parecen atravesar de nuevo una época de aproximación.

La inferioridad tunecina entre sus comparativamente poderosos vecinos, hace difícil el mantenimiento de su papel de mediador, así como la continuidad de su política de equilibrio en caso de conflicto entre Argelia y Libia, lo que no impide suponer que ofreciese resistencia a las presiones de uno u otro país. Para acabar con la cuestión de la posible absorción de Túnez por sus estados fronterizos, hay que recordar que este país, signatario del Tratado de Fraternidad y Concordia con Argelia y Mauritania, tiene estrechas relaciones con todos los países del Magreb y pretende jugar entre ellos un papel de intermediario y árbitro, dentro de una línea de moderación especialmente apreciada por Occidente. Esto, junto con unas relaciones con Argelia tradicionalmente buenas, hace difícil pensar en una intervención con fines anexionistas de este país. Sin embargo, no se puede rechazar que Túnez pueda inclinarse en exceso hacia Argelia en caso de presión libia, dando lugar a una alteración del equilibrio regional, sometido a un continuo baile de alianzas y tomas de posición; esta posibilidad sería contemplada con temor en Occidente, sobre todo por Francia, dispuesta a conservar la integridad territorial de las excolonias con las que mantiene buenas relaciones, como demostró al enviar la Force d'Action Rapide al Chad ante la agresión libia.

Entre las causas de conflicto que pueden afectar a Túnez hay que destacar el período de transición que atraviesa el país, donde el régimen de Ben Alí intenta crear un modelo de Estado democrático a partir del sistema anterior, encontrando una masiva adhesión en amplios sectores del país.

El postburguibismo, encarnado en el llamado «espíritu del 7 de noviembre», se caracteriza por la democratización de la vida tunecina y por su intento de ruptura con los aspectos negativos del anterior régimen. En este proceso se pueden destacar las medidas tomadas en pro de los derechos humanos, la amnistía de fundamentalistas condenados a diversas penas, el restablecimiento de relaciones con Libia, etc., pero el Gobierno ha marchado más despacio en las cuestiones estrictamente políticas. Aunque las elecciones de febrero de 1988 dieron un aplastante triunfo al Partido Socialista Desturiano (1), hay que tener en cuenta que no participaron en las mismas ni los grupos fundamentalistas, ni los dos principales partidos de la oposición, el Movimiento de los Demócratas Socialistas y la Asamblea Socialista Tunecina, esta última tolerada pero no legalizada. Estos comicios

---

(1) Desde el Congreso del 1 de agosto de 1988 ha pasado a llamarse Agrupación Constitucional Democrática de Túnez, rompiendo de esta forma todos los lazos con el burguibismo.

no pueden, por lo tanto, arrojar una luz completa sobre el panorama tunecino, ya que ni estuvieron presentes todos los grupos de oposición, ni los medios de comunicación ofrecieron auténticas campañas electorales alternativas al partido gubernamental. La Ley aprobada el 28 de abril, aún sin aplicación, consagra el multipartidismo, dando un paso de gigante hacia la democratización del régimen, pero deja fuera a los partidos propiamente islámicos, condenándolos al juego extraparlamentario, lo que supone un riesgo evidente.

Es previsible que los grupos políticos tunecinos de oposición acepten al régimen, participando en la actividad política en el momento en que se aplique la Ley que regula la constitución y el funcionamiento de los partidos y se garantice un verdadero juego democrático. Todo ello consolidará el régimen de Ben Alí, pero mientras no se produzca una presencia efectiva de la oposición tunecina en las cámaras, el sistema continuará siendo rechazado por un amplio sector, lo que sería una indudable fuente de conflictos para el proyecto del postburguismo. El anuncio de celebración de elecciones anticipadas, presidenciales y legislativas, para noviembre de 1989, hecho por el presidente Ben Alí antes de su viaje a Francia en septiembre de 1988, así como la legalización de dos partidos, uno de izquierda —la Unión Socialista Progresista— y otro liberal —el Partido Social para el Progreso—, supone un paso decisivo en la democratización de la vida política tunecina, al tiempo que una ampliación de los apoyos del régimen. Sin embargo, continúa fuera del juego político el Movimiento de Tendencia Islámica (MTI), grupo fundamentalista representativo de un amplio sector de la sociedad tunecina.

La joven democracia tunecina cuenta con el apoyo de los grupos dirigentes del país y de las FAS, quienes han permanecido al margen del proceso de transición, pero respaldando el proyecto del presidente y general Ben Alí. La evolución posterior de los acontecimientos mostrará si ese apoyo es incondicional o si, por el contrario, pueden intervenir en la vida política. Hay, sin embargo, un elemento de inestabilidad y, por tanto, de conflicto en el régimen tunecino: la debilidad del sistema político y de sus instituciones.

En el mundo islámico, los regímenes basados en ideologías seculares han perdido prestigio de forma progresiva desde 1967, en especial los de tipo conservador. Estos sistemas, basados en modelos occidentales, han fracasado en sus dos compromisos históricos: la lucha contra Israel y el bienestar de las masas. Hoy día, el neocolonialismo, manifestado en la exportación de materias primas y en la penetración financiera e ideológica, ha dado lugar a un fuerte rechazo de todo lo occidental, siendo uno de sus

principales reflejos el desarrollo del fundamentalismo. En este marco común a todo el Islam, hay que introducir el problema de la legitimidad del poder. El profesor Hasan Hanafi lo describe perfectamente. El dispositivo legitimador fundamental del Islam contemporáneo es el poder de Dios (Hakimiya), que se manifiesta por medio de la Ley Divina (Charia). Cuando ésta no se aplica en la Sociedad, los regímenes políticos y los sistemas sociales se vuelven ilegítimos. La Ley Humana, aunque ha sido ocasionalmente contemplada en el pensamiento islámico como expresión de la razón y la naturaleza, es considerada en realidad como reflejo de los intereses de unos pocos y, por lo tanto, fuente de opresión. Sólo la Ley Divina satisface las necesidades humanas. Así, en la filosofía islámica hay un enfrentamiento histórico entre el poder de Dios (Hakimaya) y el poder humano (Taghut) (2).

Estos principios de la cultura política islámica no favorecen precisamente al afianzamiento de un sistema democrático y parlamentario, tal como lo entendemos en Occidente. Túnez, país que ha sido siempre considerado como el más occidental entre los magrebíes, no puede olvidarse que pertenece de pleno al Islam, que le proporciona todas sus señas culturales, por lo que esta concepción de la sociedad no es del todo ajena a la sociedad tunecina.

La joven y todavía incompleta democracia tunecina, se enfrenta también con otros elementos más cercanos en el tiempo que pueden amenazar su estabilidad, como la inadecuación del sistema parlamentario occidental a unas estructuras socioeconómicas subdesarrolladas; la falta de práctica democrática al partir de un régimen autoritario y de partido único; el problema de legitimidad que supone el paso de un liderazgo carismático a un poder institucional; el desprestigio de las instituciones a causa de la corrupción en los últimos años de Bourguiba que, aunque ha sido atajada por el presidente Ben Alí, amenaza perpetuarse con sus secuelas de nepotismo y clientelismo político; el posible rebrote del terrorismo fundamentalista si se ven marginados del juego político, etc. En suma, existe un modelo político occidental de aparente tradición, pero de funcionamiento desvirtuado y dudoso prestigio.

Todos los elementos anteriores, alguno de ellos comunes al mundo árabe, provocan la debilidad del sistema político tunecino, lo que puede dar lugar al desencadenamiento de un conflicto interno.

---

(2) «Los orígenes de la violencia en el Islam contemporáneo». Hassan Hanafi. Desarrollo número 12.

Dentro de las contradicciones estructurales del sistema social tunecino se pueden enumerar una serie de rasgos en relación con la aparición de un posible conflicto.

Destaca la debilidad de la estructura social, caracterizada por una acentuada polarización, fruto de la falta de unas clases medias que gocen del adecuado status y de la suficiente capacidad adquisitiva para ser consideradas como tales. La mayoría campesina del país y los desequilibrios regionales, norte y litoral urbano frente al sur e interior rural, dan lugar, al igual que en toda sociedad que posea una estructura económica predominantemente agraria, a una fuerte corriente migratoria interior que produce un enorme crecimiento urbano, y a la aparición de amplias capas empobrecidas en las ciudades, caldo de cultivo para movimientos como el fundamentalismo. Estos sectores desposeídos, expresión del fracaso de la aplicación del sistema capitalista, incapaz de ofrecer puestos de trabajo alternativos a los campesinos, se ven aumentados a causa del fuerte crecimiento demográfico, imposible de ser absorbido por la estructura económica, la emigración.

Es por tanto característico de Túnez el contraste entre una élite ciudadana, una masa de campesinos de escasa capacidad adquisitiva y amplios sectores urbanos cercanos a la marginación, situándose entre ellos unas débiles clases medias y un escaso proletariado, rasgos que dan lugar a una estructura social muy sensible a cualquier tipo de conflictos. La estratificación de la sociedad tunecina es común a la de los países árabes en sus rasgos esenciales, por lo que conviene destacar el auge que han tenido los movimientos integristas entre los distintos grupos sociales.

Otro elemento a destacar como posible fuente de conflictos es el fuerte crecimiento demográfico tunecino anteriormente aludido, que condiciona el desarrollo económico, impide el aumento de la renta y pone en peligro el equilibrio recursos-población.

Esta expansión demográfica, típica de los países del Norte de Africa, coincide con un momento crítico de paro creciente y recesión, siendo la estructura económica incapaz de absorber el elevado número de jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo, así como a los desempleados procedentes de sectores con dificultades a causa de la crisis económica que atraviesa Túnez (3).

---

(3) Estas contradicciones, comunes a todos los países del Magreb, han mostrado su vigencia con ocasión de la revuelta argelina de octubre de 1988, en la que las masas populares ciudadanas, en su mayor parte jóvenes estudiantes y desempleados, han provocado una crisis política de incalculables consecuencias, tanto en la propia Argelia como en la región magrebí.

La tradicional válvula de escape que representaba la emigración a Europa, especialmente a Francia, y a los países del Magreb, concretamente a Libia, se ha visto frenada en los últimos años por la escasa demanda europea de mano de obra en comparación con el pasado, y por la creciente xenofobia que se desarrolla en los países del viejo continente.

La constitución del Gran Magreb, con la posibilidad de la libre circulación de trabajadores por los países miembros, tampoco permitirá compensar el excedente demográfico ya que, excepto Libia, tanto Argelia como Marruecos, tienen problemas de desempleo; sólo una reactivación de la economía tunecina gracias a inversiones extranjeras permitiría paliar esta situación.

Así la expansión demográfica puede originar una serie de efectos disfuncionales que tendrán su reflejo en los aspectos políticos y económicos, condicionando el futuro tunecino.

Túnez ha estado considerado siempre como un país muy occidentalizado, en contraposición con otras naciones árabes en las que destacaban los valores islámicos. Sin embargo, hay que tener en cuenta el enequívoco carácter musulmán del país, definitorio de su cultura, y los problemas con que se encuentran en todo el mundo árabe los dirigentes que intentan aplicar los principios occidentales en las tareas de gobierno. Conviene recordar que, desde 1967, se produce una reislamización en los países árabes fruto de la derrota, de la actitud proisraelí de Occidente, del fracaso de las ideologías modernizadoras seculares aplicadas en los distintos países árabes y de la política neocolonial del mundo desarrollado.

Todo esto ha dado lugar a un fenómeno paralelo de descrédito de los modelos políticos y económicos occidentales, así como a una reafirmación de los valores islámicos, cuyos efectos han sido, entre otros, el resurgir del integrista musulmán, el aislamiento de los regímenes políticos basados en principios laicos, la separación entre la élite dirigente occidentalizada y las masas musulmanas, etc.

En Túnez, como en todos los países árabes, se ha producido el choque cultural entre los valores occidentales y los islámicos, solventado gracias a la personalidad carismática de Bourguiba y al fenómeno de la independencia, algo esencial en la vida tunecina. Ahora, desaparecido el viejo líder, el enfrentamiento amenaza con ser más intenso, agravado por las dificultades económicas y el desarrollo del fundamentalismo. El propio presidente Ben Alí ha declarado que deseaba evitar «la oposición entre dos culturas principales, una modernista, sin verdaderas raíces nacionales y populares, en clara pérdida de velocidad, y una cultura auténtica, sostenida por las



masas pequeñoburguesas, en expansión continua, pero mirando al pasado, ignorante de las necesidades del presente y del futuro» («El País», 14 de septiembre de 1988). La Mayoría de la población puede distanciarse del modelo occidental, resultando más sensible a la influencia de otras opciones que, tras la superación de la tercermundista, tan sólo puede ser de orientación musulmana y volverse disidente ante la autoridad política.

El integrismo musulmán es un fenómeno tradicional en el Islam, donde han abundado los grupos que preconizaban interpretaciones rigoristas, cuya principal manifestación en el siglo XX han sido los Hermanos Musulmanes, fundados por Hassan el Banna en 1928, partido revolucionario islámico cuyo objetivo es liberar al Islam del colonialismo y de la opresión interna, que juega un importante papel en Egipto y Oriente.

Tras el auge del liberalismo y el nacionalismo baasista, el fundamentalismo pasa de estar en la oposición a estar perseguido por los regímenes laicos, que promueven proyectos de modernización de la sociedad, lo que no impide que el Islam sea utilizado por la ideología de la liberación en los primeros momentos de la independencia.

La derrota de 1967 coincidía con el fracaso de las ideologías seculares, vencidas por Israel, incapaces de culminar el proceso de modernización y de satisfacer las necesidades de las masas. Sólo quedaba intacto el Islam, por lo que se imponía una vuelta a estos principios como reacción para conservar la propia identidad.

El fundamentalismo islámico se ofrece como la única alternativa a los actuales regímenes, independientemente de su orientación política, que no ha tolerado en ningún momento la expansión de integrismo, consciente del peligro que supone para su estabilidad el desarrollo de esta opción, mayor cuanto más derrotas sufren y más aislados se encuentra los gobiernos.

Hoy día el fundamentalismo apoya sus antiguos razonamientos en el palestinismo nacido tras la Guerra de los Seis Días, presentándose como una ideología de la liberación, según Hanafi, debido a que todos los regímenes seculares ejercen una opresión sobre el pueblo y mantienen una política de puertas abiertas con Occidente, oponiéndose a que la opción islámica sea viable.

La Revolución iraní de 1979 es el punto de partida y renovación para el Islam como fuerza política, impulsando en todo el mundo árabe los movimientos islámicos opuestos a Occidente, a la dependencia y a las ideologías seculares extrañas al mundo musulmán. Al mismo tiempo, se hace realidad la posibilidad de un régimen islámico.

Frente a la occidentalización generalizada, el fundamentalismo opone la identidad islámica como forma de vida, y frente a los modelos liberales o socialistas, presenta la Charia o Ley Divina. En la actual situación del mundo árabe, el Islam aparece como el elemento salvador para jóvenes y desposeídos, aprovechando el estado de ánimo revolucionario integrista que existe en el mundo musulmán debido al ejemplo de la Revolución iraní, cuya influencia ha traspasado el ámbito del rigorismo chiita para estimular el fundamentalismo sunnita, llamado, según todos los observadores, a tener una mayor proyección.

Túnez, como integrante del mundo musulmán, no ha podido escapar de lo que se ha dado en llamar el «calambre islámico». Prescindiendo del origen y desarrollo del fundamentalismo tunecino, y en especial del Movimiento de la Tendencia Islámica, hoy día su representante más importante, se puede afirmar que en 1988 el integrismo sunnita representa la mayor amenaza para el régimen de Ben Alí.

El carácter moderno y evolucionado de la sociedad tunecina, así como de sus dirigentes, hizo pensar que el país permanecería al margen de la marea del integrismo y la reislamización, pero, como ha señalado Pierre Rondot (4), esto era subestimar sus diversidades internas, los efectos de las dificultades sociales y económicas y el posible eco de una propaganda aureolada con el prestigio de predicadores orientales, especialmente egipcios.

En efecto, desde 1981 Túnez conoce la existencia del Movimiento de la Tendencia Islámica (MTI), rápidamente acompañado por otros grupos fundamentalistas de reciente aparición, como los Islamistas Progresistas, los Islamistas Independientes y el Partido de Liberación Islámica.

Desde ese mismo año, el movimiento integrista ha registrado un paulatino incremento de sus actividades, culminando con la campaña de atentados de 1987. Este proceso supuso un aumento de la represión gubernamental, pero también una serie de concesiones orientadas a satisfacer las aspiraciones de ciertos sectores, que expresaban una tímida reislamización, como la creación del Consejo Superior Islámico, con la intención de apartar al pueblo del laicismo y del fanatismo; la creciente preocupación por la difusión de la fe y la situación de los predicadores y agentes del culto.

---

(4) «L'Islam en Tunisie». Pierre Randot. Défense Nationale. Marzo 1988.

Una de las principales medidas tomadas por el régimen tunecino surgido del 7 de noviembre, ha sido amnistiar a los miembros del MTI condenados a muerte, reducir sus penas o ponerlos en libertad, como es el caso de su líder Rachid Ghanouche. Sin embargo, no se ha reconocido legalmente a este movimiento a pesar de su insistente petición, con lo que margina del juego político al principal representante del fundamentalismo islámico, empujándolo a una actividad fuera de la legalidad que, sin duda, radicalizará al grupo, al tiempo que la democracia tunecina continuará siendo incompleta al no incorporar al sistema de partidos a una fuerza política que aúna numerosas voluntades entre el pueblo tunecino.

La clandestinidad puede dar lugar a un renacimiento del terrorismo con una intensidad superior a la conocida hasta ahora, mientras que la represión ofrecería al movimiento islámico un elenco de mártires que fortalecería su postura. Hay que tener en cuenta que el fundamentalismo islámico tunecino no está formado exclusivamente por el MTI, sino que existen otros grupos más radicales, como el Partido de Liberación Islámica, que pueden impulsar la práctica de la violencia. Todo ello sin olvidar la posibilidad de escisiones en el seno del MTI entre una facción moderada, representada por Ganouchi y hoy día minoritaria, y otra más radical, abierta a contactos con otros grupos integristas. La evolución del fundamentalismo en Túnez se caracteriza por una lenta, pero continua, penetración entre las masas. Aunque no arrastra a grandes sectores de la población a causa del arraigo de las ideas modernizadoras que han dejado los años del gobierno de Bourguiba, las simpatías que suscita son crecientes e inseparables de la propaganda exterior.

En todo el Magreb se registra una efervescencia y crecimiento del fundamentalismo, acompañado de un temor cada vez más visible de los gobiernos a su desarrollo. En Argelia, la influencia que ejerce sobre el gobierno el grupo de «los predicadores» que se manifiesta en una creciente islamización de las leyes y la sociedad, coincide con la aparición de un grupo terrorista —Yunud Allah (soldados de Alá)— que, aunque ha sido recientemente desarticulado, aún no ha desaparecido. Este país, fronterizo con Túnez, conoce un integrismo de claro matiz progresista y en continua expansión. La revuelta argelina de octubre de 1988 ha mostrado la vitalidad del integrismo en este país, única fuerza con el suficiente vigor político para intentar capitalizar un movimiento de difusos objetivos. Un fantasmal movimiento Popular para la renovación de Argelia, ha reivindicado la dirección de las acciones populares, aunque no han faltado sectores que acusan al Gobierno de exagerar la amenaza fundamentalista para justificar la represión. Ambos países están abiertos a las influencias de devotos y

predicadores de Oriente, especialmente de Egipto. Así, el pensamiento del llamado «ciego de El Cairo» circula clandestinamente en cassettes por todo el Magreb, encontrando amplio eco, ya que todo el integrismo magrebí es sunnita, al igual que la influencia del poderoso grupo de los Hermanos Musulmanes (5).

En Túnez, el fundamentalismo tiene una particularidad oportunamente indicada por Pierre Rondot: la composición de sus bases. No sólo ha reclutado sus adeptos en sectores comunes a todo el integrismo islámico, tanto sunnita como chiita, sino que ha penetrado en otros grupos sociales, como las clases medias. En efecto, el MTI se ha extendido entre los desempleados, los miembros de las capas urbanas más bajas y entre los estudiantes, pero también ha alcanzado los jóvenes de la burguesía que, impregnados del islamismo como ideología alternativa, rechazan las relajadas costumbres occidentales. Esto supone una ampliación en el campo de acción del fundamentalismo, así como la posibilidad de encontrar dirigentes entre estos jóvenes de las clases medias, que formarían la élite del movimiento integrista junto con los predicadores de las mezquitas, entre los cuales el MTI es especialmente fuerte.

El desarrollo del integrismo puede poner en peligro la principal fuente de ingresos de Túnez, el turismo, lo que preocupa especialmente en un momento en que el país, con una gran deuda exterior, no soportaría verse privado de una parte importante de sus recursos.

Igualmente temida es la manipulación del fundamentalismo por algún país con la intención de derribar el actual régimen. Esta postura ya se manifestó bajo Burguiba, cuando se rompieron las relaciones con Irán bajo la acusación de alentar el terrorismo en Túnez, algo que nunca pudo demostrarse, como tampoco la absoluta relación de MTI con la campaña de atentados del verano de 1987. Esta «conexión islámica» entre el integrismo chiita iraní y el sunnita tunecino, no parece posible dadas las manifestaciones de la cúpula dirigente del movimiento, en las que, en su momento, se marcan las distancias con la Revolución Iraní. Igual ocurre con el régimen libio, acusado de ser la sal de todos los platos de la desestabilización. El coronel Gadafi, panarabista, no panislamista, mantiene estrechas relaciones con la URSS, por lo que no es en absoluto un ejemplo ni un modelo para los fundamentalistas, uniéndoles sólo la alineación frente a Israel. El propio

---

(5) Ver «La tormenta fundamentalista», José M.<sup>a</sup> Rodríguez. Historia 16, número 144. Abril 1988.

régimen libio es consciente de sus limitaciones en lo que se refiere al rigorismo islámico, ya que ha procurado por todos los medios reprimir su desarrollo en el país. Esto no impide que puedan ser utilizadas las corrientes islámicas tunecinas desde el exterior, pero siempre controlando su crecimiento, que a ningún gobierno árabe interesa. Sin embargo, Libia prefiere hoy día un régimen tunecino estable con el que mantener buenas relaciones y romper así su aislamiento en el Magreb, a tener como vecino un régimen islámico con el peligro que esto supone.

En resumen, el fundamentalismo islámico tiene unas evidentes perspectivas de desarrollo, a pesar de ser Túnez, si lo comparamos con otros países del área, una sociedad moderna, evolucionada y laica. El carácter moderado del Islam preconizado por el MTI puede dar lugar a su aceptación por amplias capas de la población que consideran que la religión puede dar al país una armadura moral y espiritual, especialmente adecuada en el momento actual. La crisis económica también favorece la expansión del integrismo, ya que los grupos sociales más afectados se inclinarían cada vez más hacia la opción islámica ante el fracaso del sistema. El descrédito del régimen a causa de la corrupción, ineficacia y falseamiento de la democracia sería otro elemento que, de no ser evitado, impulsaría a amplios sectores de la población a las filas del islamismo político. El desarrollo del fundamentalismo en todo el mundo árabe, incluido el Magreb, colabora igualmente al afianzamiento de esta corriente en Túnez.

El régimen de Ben Alí, muy preocupado por el fenómeno integrista, ha intentado con medidas conciliadoras de amnistía frenar el movimiento y en especial la aparición de un terrorismo que superase los tímidos intentos del pasado. La importancia que concede el actual gobierno al fundamentalismo se pone de relieve con el hecho de la destitución de Burguiba, relacionada sin duda con el juicio, condena y ejecución de los miembros del MTI acusados de haber desatado la campaña terrorista del verano de 1987. Ben Alí, entonces ministro del Interior, ha sido testigo de excepción de la evolución del movimiento islámico y protagonista del golpe blando que apartó a Burguiba del poder, con la intención de frenar tanto el progresivo deterioro del régimen como la política llevada hasta entonces hacia el integrismo, pura represión que conducía a la creación de mártires sin lograr parar su desarrollo. Sin embargo, tras las medidas de gracia adoptadas, hasta ahora no ha sido capaz de afrontar la legalización de los diferentes grupos fundamentalistas. Si ni siquiera el MTI puede incorporarse al sistema político, cabe la posibilidad de la aparición de un movimiento terrorista de la mano de grupos radicales al margen del movimiento o bien surgido de sus propias filas. Por el contrario, su legalización y participación en el juego

electoral permitiría conocer su fortaleza y conducir a esta corriente por las líneas constitucionales, aunque cabe pensar que la sociedad y las leyes sufrirían la influencia del islamismo. Ambas posibilidades amenazarían a la principal fuente de ingresos tunecina, el turismo, lo que supondría una fuente de conflictos de incalculables efectos.

Igualmente, el desarrollo de la influencia islámica podría dar lugar a la aparición de un fuerte sentimiento antioccidental, latente siempre en el integrismo, que alterase el equilibrio de la zona si Túnez optase por posiciones diferentes a las mantenidas hasta ahora en sus relaciones internacionales, en especial a lo referente a Israel y a su principal aliado, Estados Unidos. Por su parte, todos los países magrebíes se situarían frente a un régimen muy influido por el Islam, temerosos de su expansión, dando lugar al aislamiento de Túnez. Se puede concluir afirmando que el Islam jugará un papel creciente en la vida tunecina, siendo una incógnita todavía su penetración en ciertos ámbitos políticos e institucionales, como las Fuerzas Armadas.

En lo referente a sus relaciones exteriores, Túnez se encuentra en una región en la que abundan los focos de tensión —conflicto del Sahara, rivalidad argelino-marroquí y libio-estadounidense— y las iniciativas políticas en forma de continuos movimientos de acercamiento con el fin de conseguir un Magreb unido, vieja aspiración de los países norteafricanos que parece haber dado un paso de gigante en 1988.

En estas circunstancias, ha sido tradicional la voluntad tunecina de equilibrio y mediación, intentando situarse como árbitro entre los estados magrebíes enfrentados. Esta política, fruto de una diplomacia versátil, ha llevado a Túnez a estar presente en casi todos los intentos de integración, consciente de la necesidad de un Gran Magreb que, en forma de comunidad económica norteafricana, pueda tratar como un bloque con Europa, zona vital para su economía. En este proyecto, por el que el régimen tunecino ha apostado desde su existencia como nación, recogiendo su constitución la aspiración de unidad magrebí, deben estar integrados todos los países del área sin excepción, superando antiguas rencillas. Esta postura se traduce en la consolidación de relaciones con Marruecos, Argelia y Libia y en la presencia de Túnez en todas las reuniones y tratados, reflejando el enorme interés y necesidad que tiene por el futuro Magreb Unido, ya que éste le permitiría intensificar sus relaciones económicas y políticas con Europa, así como consolidarse políticamente al estar integrado en una organización supraestatal. Como la propia Europa reconoce, un Norte de Africa unido y en paz interesa a todo el mundo por la estabilidad que aportaría a la región.

En este contexto, Túnez aspira a convertirse en una especie de «Suiza magrebí», atrayendo capitales y turistas que estimulen su desarrollo económico, eleven el nivel de vida y alejen el espectro de una contestación fundamentalista o radical. Igualmente, gracias a sus excelentes relaciones con Francia, podría presentarse como un interlocutor adecuado entre los dos continentes, aunque tiene su rival en Marruecos, fortaleciendo su posición en el contexto regional y su tradicional política exterior de equilibrio. Hoy día, sin embargo, las perspectivas de alcanzar la unión magrebí distan de ser cercanas a causa de las diferencias entre argelinos y marroquíes por el no resuelto conflicto del Sahara; de la postura del Coronel Gadafi, reacio a tratar con el Rey Hassan, y del recelo tunecino y marroquí ante la tendencia al hegemonismo de Argelia y Libia. Argelia, que pretende reconducir al régimen libio hacia posiciones más moderadas en el ámbito internacional y superar sus contenciosos con Marruecos, no acaba de obtener los resultados apetecidos, viendo incluso como los sectores duros del FLN presionan para que no se abandone al Frente Polisario. En este contexto, Túnez tan solo puede aportar su tradicional buena voluntad y evitar las exclusivas presiones libias o argelinas, que le han conducido a una aproximación a Marruecos, para la formación de alianzas parciales. Todo lo que suponga estabilidad y avance hacia la unión magrebí, perjudica al joven régimen de Ben Alí que necesita una situación regional equilibrada para su consolidación.

Si el norte de Africa permanece desunido y continúan el conflicto del Sahara y las aventuras libias, Occidente mirará con recelo a sus vecinos del Sur, temeroso de la inestabilidad y de la progresión del fundamentalismo; todo ello retraería las inversiones y dificultaría los acuerdos económicos, algo que ningún país del área puede permitirse, ya que les alejaría de una Europa que tiene en 1992 una etapa clave hacia su unidad.

En lo que se refiere a la actitud tunecina ante el conflicto árabe-israelí, ha evolucionado desde una tradicional moderación en la época de Bourguiba, postura que llegó a ser condenada por la Liga Árabe, a una progresiva alineación frente al estado judío. En este proceso han influido una serie de acontecimientos de gran importancia. En primer lugar, hay que destacar la presencia palestina desde que en 1982 Túnez acogió a la OLP tras su expulsión del Líbano. La Organización de Yasser Arafat no encontró asilo en otro país árabe más cercano por el temor que inspira entre todos los regímenes su influencia tras lo sucedido en el Líbano. Túnez, país de escaso peso en el seno de la Liga Árabe, se vió abocado a recibir a los exiliados de la OLP a causa de las presiones diplomáticas ejercidas por los restantes miembros. Así, la presencia palestina ha supuesto una paulatina implicación

de Túnez en el conflicto árabe-israelí, radicalizando la postura del régimen del presidente Ben Alí y de la opinión pública, coincidiendo con las posturas antisionistas preconizadas por el fundamentalismo.

El bombardeo de la sede de la OLP en la capital tunecina en 1985 y el asesinato del número dos de la OLP, Abu Yihad, por un comando de Mossad en abril de 1988, han puesto en evidencia la seguridad de este país, al tiempo que han estimulado las actitudes contrarias a Israel, acercándolas a las palestinas. Hechos de este tipo se ven agravados al estar la OLP presente en el país, ya que, aunque es impensable una «libanización» de Túnez por multitud de razones políticas, étnicas y geográficas, no hay que olvidar que existe una fuerza política, e incluso militar, de creciente popularidad que puede ser reclamada para intervenir en los asuntos internos del país por alguna de las facciones afines.

La acción israelí ha provocado que el gobierno de Ben Alí se coloque claramente frente al estado de Israel, radicalizando su actitud en el contexto internacional. Si se produjera un nuevo ataque judío, verosímil al continuar la OLP en Túnez, este país podrá ver desarrollarse en su interior un sentimiento antioccidental que le conduciría a las líneas del islamismo político, e incluso a alinearse junto a aquellos países árabes que forman de vanguardia del antisionismo, lo que supondría en ambos casos una alteración en el equilibrio de la zona. También las FAS tunecinas, y en general toda la seguridad, quedarían otra vez en entredicho al ser de nuevo incapaces de salvaguardar las fronteras ante una agresión externa. Esta amenaza compromete otro aspecto de la política de Ben Alí, al tener que aumentar los recursos dedicados a la defensa en un momento de evidentes dificultades económicas.

El bombardeo norteamericano sobre Trípoli y Bengasi en 1986 ha sido el otro acontecimiento que ha colaborado en la radicalización de la opinión tunecina. Aunque en su día el régimen de Bourguiba fue el único entre los países árabes que no condenó la acción estadounidense, la población experimentó un sentimiento de indignación que pasó por alto el desprestigio de Gadafi, viendo en el Coronel libio a un perseguido de los Estados Unidos.

Hoy día, el régimen del presidente Ben Alí se ha decantado por una clara opción árabe y antiisraelí fruto de las agresiones judías a Túnez, del bombardeo americano sobre Libia, de la presencia de la OLP en su territorio y de evidentes concesiones al fundamentalismo. Así, Túnez está sumido, con mayor intensidad que en el pasado, en los conflictos que afectan a la generalidad de los países árabes; el enfrentamiento con Israel, el problema palestino y el desarrollo del integrismo.



Aunque no entra en nuestro campo, no podemos pasar por alto una referencia a la delicada situación actual de la economía tunecina, ya que puede ser una de las fuentes de conflicto que afecta a este país.

Túnez, con una economía predominantemente agraria, un sector terciario inflado, dependiente tecnológica y energéticamente del exterior, dedicado a la exportación de materias primas y productos agrarios, atraviesa una delicada situación. Debido al desequilibrio de la balanza de pagos y a la deuda externa, es incapaz de continuar por el camino del desarrollo económico, viendo como se han reducido las importaciones, con el consiguiente frenazo para el crecimiento y la capacidad adquisitiva de la población. Otros problemas fundamentales son el paro que, en cifras reales, debe de superar el 25 % de la población activa, así como el retroceso sufrido en los ingresos procedentes de las exportaciones y del turismo, sector este último fundamental para toda la economía tunecina que, sin embargo, se ve sometida a los efectos de una demanda en exceso variable y a la posibilidad de un desarrollo sin base.

La apuesta de Túnez por un Magreb unido responde a la necesidad del país de obtener inversiones en agricultura, industria y servicios, así como estimular las exportaciones agrarias con la Comunidad Económica Europea y captar industrias gracias al bajo coste de su mano de obra, su situación geográfica y la estable situación regional que ofrecería la realidad del Gran Magreb. Todo ello permitiría equilibrar la balanza de pagos, aumentar las inversiones del sector público, crear puestos de trabajo y elevar el nivel de vida del país, todo con objeto de alcanzar un sistema social, político y económico semejante a los europeos. Sin embargo, para ello es necesario la estabilidad interna y el acuerdo de los países de la zona. Al contrario, un fracaso en la unión económica norteafricana o una confusa situación en Túnez supondría la reducción de las necesarias inversiones exteriores, el aumento de la deuda y el paro, la caída de los ingresos procedentes del turismo y un freno en el desarrollo todo ello de incalculables consecuencias.